



Política y Cultura

ISSN: 0188-7742

politicaycultura@gmail.com

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad

Xochimilco

México

Cárdenas García, Nicolás

La historiografía obrera en México (1972-1991): un balance crítico

Política y Cultura, núm. 16, otoño, 2001, p. 0

Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco

Distrito Federal, México

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26701602>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

La historiografía obrera en México (1972-1991): un balance crítico

Nicolás Cárdenas C

En este trabajo se analiza la producción historiográfica relativa a la clase obrera mexicana, realizada entre 1972 y 1991. Propone básicamente desde el punto de vista de su articulación teórica y sus procedimientos técnico-metodológicos, se puede hablar de dos grandes corrientes de interpretación: una de corte sociopolítico y otra de raigambre antropológica. Ambas se desarrollaron con relativo éxito en esos veinte años, parecen haber agotado sus posibilidades heurísticas. Se sugiere que ello puede explicarse por tres factores: a) la naturaleza de su enfoque, b) la desvinculación del campo disciplinario en el que debiera inscribirse y c) la falta de comunicación (y debate) entre ellas.

Introducción

La investigación histórica sobre el trabajo, los trabajadores y el movimiento obrero mexicanos tiene un pasado breve. Apenas necesitamos remontarnos a los años setenta para asistir a su momento fundacional y, además, a su época de auge (al menos en lo que se refiere al número de investigadores involucrados, publicaciones y reuniones especializadas). De hecho, se volvió un lugar común reconocer al movimiento estudiantil de 1968 y a las movilizaciones sindicales de los años echeverristas como los impulsos exógenos decisivos para este auge. Parecería que, de acuerdo con Hobsbawm, la historia de los de abajo se vuelve importante cuando "la gente corriente se convierte en un factor constante" en las grandes decisiones y acontecimientos políticos. Pero esto sólo fue posible en tanto esta emergencia de actores sociales beneficiarios de los años de desarrollo estabilizador, fue acompañada de una "crisis política, moral y psicológica, una crisis de convicciones y valores" que sacudió tanto los esquemas triunfalistas de la capa gobernante como los discursos de los intelectuales, quienes voltearon la mirada hacia los fracasos, las miserias y los olvidos del "milagro mexicano". Desde esa conciencia sacudida, una institución como la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) por ejemplo, cambió a la antropología norteamericana por la literatura marxista (el estudio del subdesarrollo y la dependencia); en suma, por la búsqueda de las razones de la pobreza. Parece natural que ello condujera a la lucha de clases y uno de sus actores clave, como recuerda Víctor Novelo:

Los obreros mexicanos, que recuperaron el movimiento hacia 1975 después de los trancazos en 1958-59, nos guiñaron el ojo y mandaron la señal para que comprendiéramos que ellos eran los protagonistas principales de la historia tanto presente como futura. Y junto a ellos, moral o físicamente, nos colocamos en la idea de documentar sus procesos de existencia y de lucha.

El movimiento no llegaba a un terreno virgen, puesto que en los años recientes lo habían abonado La democracia en México de González Casanova, Antropología de la pobreza de Oscar Lewis, La política del desarrollo mexicano de Roger Hansen, *La formación del poder político en México y la ideología de la revolución mexicana* de Arnaldo Córdova, textos que en conjunto destruían la imagen de un México democrático y reformador y nacionalista. Más aún, se hallaba en plena eclosión la avalancha de trabajos (después bautizada como "revisionista") que indagaban el origen mismo del México contemporáneo –la revolución de 1910– las razones de esas miserias y olvidos.

Esta conjunción entre represión a los estudiantes, movilización sindical y una renovación de los estudios sociales en México, se vio reforzada por una cobertura institucional favorable. La apertura de los años echeverristas no sólo se reflejó en el crecimiento o aparición de nuevas instituciones de educación superior, sino en la creación misma de una dependencia dedicada a estos estudios: el Centro de Estudios Históricos del Movimiento Obrero Mexicano (cehsmo). Además, muchas de esas instituciones acogieron a numerosos profesores exiliados del Cono Sur, que contribuyeron a la difusión de los enfoques marxista, dependentista y populista.

En suma, parecía haber las mejores condiciones para que este campo de investigación relativamente nuevo se estableciera sólidamente en el país. Sin embargo, los balances historiográficos realizados entre 1977 y 1983, fueron sumamente críticos con la producción lograda. John Womack, por ejemplo, hacía notar en el congreso de historiadores mexicanos y norteamericanos de Pátzcuaro (1977) la escasa consideración de la historia de los trabajadores en México, pues apenas se les incluía en las historias generales, y casi exclusivamente para hablar de sus "momentos dramáticos": alborotos, sindicatos, partidos y huelgas. De hecho, recomendaba volver a la tradición marxista para no limitarse a la historia institucional de los movimientos laborales y el estudio del cambio. Ello llevaría a reconocer que "no se puede entender la lucha sin su determinación por un tipo particular de relaciones de clase, como tampoco se puede entender esa clase sin su expresión de lucha".

Las críticas de Womack a los trabajos presentados fueron severas, y se centraron en la ausencia de preguntas orientadas teóricamente: ¿qué es el trabajo?, ¿qué es lo que hacían los artesanos, campesinos o trabajadores en un proceso particular de producción?, ¿quiénes son trabajadores

sociológicamente hablando? A pesar de tal pobreza teórica, la apertura de nuevas fuentes y los trabajos presentados le parecían prometer estar más importantes.

Un año después José Woldenberg publicó un balance estructurado temáticamente. Este formato le permitió destacar los problemas predominantes en la literatura (por ejemplo el estudio de los hechos políticos y la vinculación del movimiento obrero al Estado), así como los poco atendidos y notoriamente descuidados (condiciones de vida y trabajo, empleo, desempleo y migraciones), pero esto no alcanzaba para explicar por qué no "el conocimiento de los asalariados del país es parcial y sobre-ideologizado". Por ello, planteaba tareas pendientes (problemas no estudiados) como si se tratara de completar un mapa, sin ver que en el fondo se trata de interpretaciones rivales.

En cambio, los miembros del "seminario del movimiento obrero y la revolución mexicana" del Departamento de Estudios Históricos del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) partían del supuesto de que, en el estudio del movimiento obrero, se habían desarrollado "perspectivas" de interpretación. La dominante, que bautizaban como "estatalista", explicaba la subordinación de la clase obrera al Estado en virtud de: a) su inmadurez como clase y b) la inteligencia hegemónica del régimen posrevolucionario. Esta interpretación, afirmaban, se basaba en esquemas teóricos (la correspondencia de cierto nivel de desarrollo clasista con una cierta ideología) y presupuestos lógicos (el desarrollo progresivo de la conciencia obrera) pero no en procesos históricos. Por ello, en los textos resultantes el movimiento obrero se reducía al discurso estatal, la política de las cúpulas sindicales y su relación con el estado. La alternativa era, en cambio, atender "prioritaria, aunque no exclusivamente, la lucha de clases". Ciertamente ello requería integrar a los factores estructurales y culturales como parte de esa lucha de clases. "Sólo esta perspectiva –señalaban– puede explicar por qué una cierta política del estado, en una coyuntura o en el largo plazo, resultó de una manera y no de otra; a la vez, sólo en esta dirección se puede entender la verdadera dimensión de la lucha obrera como un bando dentro de la lucha de clases, como un proceso que se da desde abajo irradiando toda la sociedad, incluyendo al estado".

Este proyecto alternativo "comprometido", terminaban, requería también de una redefinición jerárquica de las fuentes, así como de una narrativa no académica. En el primer caso pensaban en memorias o testimonios orales y documentos producidos por "los actores reales de la lucha obrera". En el segundo, se declaraban en contra de un "estéril aparato erudito y de frías referencias estadísticas, y tapizada con un insufrible estilo de exposición". Sus modelos, declaraban, eran Adolfo Gilly y John Womack, sin reparar en que el segundo construye sobre un aparato erudito y impresionante.

En esa misma línea se inscribía la revisión de Enrique de la Garza, quien analizaba los estudios sobre la clase obrera en México "por corrientes y perspectivas de análisis". Sin embargo, cometía el error de meter a los estudios del pasado en un solo saco: la "corriente historiográfica", con los tales estudios compartieran supuestos teóricos articuladores. De hecho, incluía en ese membrete trabajos tan diferentes como los de Hart, Cárdenas, Reyna, Zapata y Bortz. Desde su punto de vista compartían el supuesto de la vocación de la clase obrera por la democracia y la transformación de la sociedad, así como un gran problema central: la relación Estado-clase obrera, "entendida en cuanto a la forma que adquiere la dominación estatal al interior de las organizaciones de la clase obrera". Ciertamente reconocía que sobre esta cuestión había desacuerdos, pues mientras unos elaboraban explicaciones consensualistas, otros hacían énfasis en el control.

El análisis de De la Garza era mucho más generoso con las escuelas que llamaba "población y fuerza de trabajo" y del "proceso de trabajo". La primera le reconocía haber incorporado un marco estructural para la interpretación de los movimientos laborales, así como la elaboración de criterios empíricos para mostrar las deformaciones del desarrollo capitalista. A la segunda le dedicaba la sección más larga y detallada; establecía sus influencias, sus afinidades políticas y los grandes temas que desarrollaba: descripciones minuciosas del proceso de trabajo, reestructuración tecnológica, el taylorismo. En todos ellos probaban la utilidad de un modelo teórico según el cual a una composición de clase correspondían determinadas formas de lucha y organización obrera.

Sus conclusiones, a pesar de ello, eran bastante pesimistas. La producción de las tres corrientes mostraba "simpleza teórica y metodológica" puesto que "se mueven en una clara perspectiva verificacionista". Además, había poca comunicación entre ellas, de tal suerte que sus resultados eran sumamente parciales. Por ejemplo, la corriente del proceso de trabajo parecía ser un nuevo determinismo tecnológico, al desprestigiar "los grandes momentos colectivos, y la influencia de los intelectuales en sentido gramsciano". Y, en contrapartida, la historiográfica ignora "las condiciones cotidianas de reproducción de la clase obrera".

El último de estos balances, de José Othón Quiroz, se ocupaba de criticar a la "historiografía tradicional" del movimiento obrero, aunque agregaba pocos elementos a los anteriores trabajos. De hecho, en su revisión sólo citaba un autor contemporáneo de esa corriente, Raúl Trejo Delarbre. La importancia resultaba sumamente discutible. A pesar de ello, es interesante que Quiroz apuntara la configuración de una "historiografía alternativa", heterogénea y tal vez algo indefinida, pero unida en la "búsqueda común de rescatar la historia del movimiento obrero como un proceso contradictorio de su dirección y sus bases, de sus trabajadores calificados y descalificados, la búsqueda de la historia de su lado oculto y autónomo". Lamentablemente no abordó su análisis.

El pesimismo de estas revisiones parece sorprendente dada la multitud de artículos, ponencias y libros escritos en veinte años (Trejo usa una muestra de 151 publicaciones y De la Garza una de 627 artículos y 318 libros y folletos, aunque en este caso sólo una parte es de estudios históricos), pero no tanto si atendemos el carácter provisional, preliminar y coyuntural de los mismos. El entusiasmo de aquellos años parece dejada una obra inacabada. Muchos de los pioneros abandonaron el campo, el celo fue cerrado, los congresos dejaron de celebrarse, los

financiamientos se redujeron, y poco a poco se escribió menos sobre un sujeto que nunca existió del todo. En este artículo nos proponemos algunos elementos que ayuden a explicar este desenlace de los ambiciosos proyectos de los años setenta y ochenta. Para ello nos limitaremos a un análisis de los libros más importantes publicados sobre el tema entre 1972 y 1991, pues así no sólo se reduce radicalmente el universo, sino que incluye los resultados más acabados sobre el tema. (Véase cuadro.)

Conviene comenzar por establecer que si bien un análisis historiográfico debería incluir tanto factores exógenos (eventos políticos, financieros, planes de estudios, estructuras de investigación institucionales), como endógenos (reglas y procedimientos de investigación, problemas considerados relevantes, tipo de fuentes e instrumentos aceptados, técnicas narrativas), en este trabajo, nos limitaremos a los aspectos internos, y en particular a los que han sido más decisivos en el desarrollo del campo, en vista del contexto sumamente institucionalizado en que se produjo.

El primer problema es de ubicación. ¿Se trata de un campo particular?, o bien ¿es parte de la historia desde abajo?, o ¿de la historia social? La respuesta no es sencilla, pero si aceptamos, siguiendo a Burke, que la historia social se ha constituido en la conjunción de aportes teóricos de la sociología y antropología con la práctica y las preocupaciones sobre el cambio social y lo específico de los historiadores, parecería que es el caso de estos estudios. Sobre todo si se proponen entre sus objetivos integrar en un análisis único a las estructuras, instituciones y movimientos de las comunidades, las costumbres, la calificación de la fuerza de trabajo, la identidad, etcétera.

En todo caso, en la historia social es claro que los estudios sobre el mundo del trabajo tienden cada vez más a aprovechar los avances más significativos de la historia desde abajo, de la nueva historia política, la microhistoria y la historia empresarial. Con ello parecen tener instrumentos más adecuados para entrar a ese mundo y sus significados.

El camino de la historia social

Como ha señalado Hobsbawm, la fase inicial de la historia moderna de la clase obrera estuvo dominada por un enfoque político-institucional que tenía mucho que ver con el hecho de que se escribió "desde dentro" del movimiento obrero y a espaldas de las universidades. Ello hizo que tuviera cuatro características básicas.

- 1) Tendía a identificar las "clases trabajadoras" con el movimiento obrero, o incluso con alguna organización, ideología o partido. Por tanto, "se inclinaba a identificar la historia de la clase obrera con la historia del movimiento obrero, cuando no, de hecho, con la historia de la ideología del movimiento; y cuanto más fuerte y más unificado era el movimiento de un país o en un periodo, más tentada estaba de efectuar dicha identificación".
- 2) Tendía a cultivar sus propias antiguallas y tenía el propósito de dar a los movimientos obreros la importancia que "nadie más parecía dispuesto a concederles". Ello impedía distinguir entre lo relativamente importante y lo relativamente trivial, y los aislaba del resto de la historia.
- 3) Propendía a dar al mismo tiempo un modelo y una versión aceptada de la historia, una visión ortodoxa (explícita o implícita) que incluía usualmente una periodización y una selección algo tendenciosa de los hechos.
- 4) Era bastante convencional en lo que se refiere a su técnica y su metodología. Fue historia narrativa e institucional de corte tradicional. "Es la historia de la política y las actividades del partido; de sus debates ideológicos; de sus líderes y de sus peripecias; de sus relaciones con la Comintern; y de muchas otras cosas importantes e interesantes. Pero en todo momento la historia aparece vista desde arriba y sólo de vez en cuando vislumbramos lo que pensaba el militante de base o el simpatizante, o qué concepto tenía del movimiento."

La primera generación de historiadores sociales académicos se dedicó justamente a demoler ese tipo de historia, pero sin abandonar algunos compromisos y preocupaciones políticas. La diferencia clave residió en que ahora se buscó hacerla desde abajo, desde la realidad que vivían las clases trabajadoras, su formación y evolución, su situación en la sociedad, su "conciencia", modos de vida, sus mecanismos de defensa y/o resistencia frente a la industrialización, su cultura, su movilidad demográfica y social, la estructura de sus familias, los mercados de trabajo, el proceso de trabajo, etcétera. Esto implicó la explotación de nuevas fuentes, el uso de nuevas técnicas (notablemente cuantitativas) y una nueva relación con la antropología o la sociología, mediante la cual también pudo disponer de nuevos conceptos y teorías.

Sin embargo, apunta Sewell, la enorme expansión de nuestros conocimientos resultado de ese escrutinio, tuvo sus costos, pues una de las condiciones para "llevar a cabo el nuevo estilo de investigación ha sido una reducción en la escala de la población estudiada". "Más que la historia institucional de un movimiento nacional o internacional, la historia del movimiento obrero se ha convertido cada vez más en la historia de una serie de comunidades locales de la clase obrera. Estos estudios de comunidades locales son mucho más ricos y complejos que las viejas historias institucionales; en sus mejores ejemplos se acercan al incitante, pero en definitiva irrealizable, ideal francés de la *histoire totale*. Pero su mayor riqueza y complejidad sólo podía alcanzarse limitando su ámbito geográfico."

Este y otros peligros, sin embargo, no impidieron que en las dos décadas posteriores a la publicación de los trabajos de Thompson y Hobsbawm

Inglaterra o de Gutman en Estados Unidos se produjera un impresionante (por su número y calidad) alud de trabajos sobre diversos aspectos: sectores, comunidades, luchas, periodos y manifestaciones culturales obreras en los cuatro principales países industriales del siglo XIX: Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos.

Ello hizo posible, a pesar de lo que dice Sewell, un avance en dos direcciones: el de los casos y el comparativo. Uno permitió ganar en profundidad, mientras el otro hizo posible generalizar y destruir mitos sobre especificidades nacionales. Por ejemplo, si en Estados Unidos los primeros estudios suponían una particularidad nacional y partían de la pregunta: ¿por qué no hubo socialismo en Estados Unidos? (con lo que quería decir que ahí el movimiento obrero fue poco marcado por el conflicto de clases y la conciencia de clase, a diferencia de Europa), con el tiempo se reconoció que, de haberlas, esas peculiaridades eran menos importantes de lo que se había supuesto, y más bien se procedió a preguntarse por qué el considerable conflicto laboral que tuvo lugar ahí no asumió una forma institucionalizada y duradera. Más aún, ahora aparecían claramente las especificidades nacionales en los casos alemán, francés y británico.

Lo mismo ocurrió en el estudio de algunos sectores como el de los mineros. Si a partir de las sugerencias de Kerr y Siegel se partió de su estudio como una masa aislada y homogénea con una alta propensión al conflicto, que compartía características comunes independientemente de la época y el tiempo, ahora se reconoce que la realidad social de las comunidades mineras es mucho más compleja, variable y cambiante de lo que se suponía, y que las diferencias culturales (o de tradiciones) o entre los tipos de conflicto laboral han permitido en muchos casos verlas como comunidades divididas, al menos en un cierto sentido. En fin, que una tipología más fina de sus unidades (de frontera, nuevas o tradicionales) ha introducido nuevos temas, preguntas y controversias, en las cuales se encuentran semejanzas con otros grupos de trabajadores, y permitiendo valorar mejor las posibles diferencias. En suma, la historia de los mineros ha llegado a una época en que sus generalizaciones, más históricamente fundadas, están, sin embargo, teñidas por la ambigüedad y la contradicción.

Dentro de esa masa de estudios, como señala Fink, se ha llegado a un "paradigma cultural común" en la nueva historia obrera, que periodiza en fases de desarrollo. La primera descansó en la organización de los obreros calificados, en los valores artesanales de la producción y en los ideales políticos republicanos (democracia-nacionalismo). La segunda se caracterizó por el acoplamiento (adaptación, acomodo) a la producción industrial, el reclutamiento de obreros fabriles y un rompimiento –fuese conservador o radical– con la tradición política republicana-liberal. La tercera es una fase de pasividad y pesimismo en la era de la producción y el consumo en masa.

De esas tres etapas, las mejor estudiadas, con las preguntas más finas y los resultados más sugerentes han sido las dos primeras (siglos XVIII y XIX) sobre todo en lo que se refiere a la cultura obrera. De hecho, la segunda era de estudios ha constituido un "redescubrimiento de la clase a través de la cultura".

Este redescubrimiento ha hecho visible al pueblo trabajador como actor político consciente, y ha redefinido ideas, actitudes y motivaciones de los movimientos obreros y las comunidades laborales. Así mismo, hay dos temas de extrema importancia en la explicación de la acción colectiva obrera: el papel de vanguardia del sector calificado dentro de los asentamientos industriales y, estrechamente vinculado a éste, la autonomía de la comunidad obrera. Han caminado tan juntos, como corrientes gemelas, la defensa del proceso de trabajo y la defensa de la comunidad, que se puede decir que constituyen el paradigma central de la disciplina. Ambos aspectos de este enfoque descansan, además, en una idea común acerca de la subjetividad del movimiento obrero: convergen en la naturaleza residual de la acción colectiva, en la habilidad para recurrir al pasado para confrontar el presente y el futuro. Por lo demás, era lógico que, después de todos esos estudios, el conflicto perdiera centralidad y emergieran temas como el de las costumbres, el nivel de vida, la vivienda, el consumo, el ocio, las diversiones, la estructura familiar, las relaciones afectivas y sexuales, etcétera.

Éste había sido el desarrollo, en términos generales, de la historia social obrera en el momento de auge de la historia sobre los obreros mexicanos. En la sección siguiente se tratará de mostrar que si bien en algunos momentos tuvo puntos de contacto con este modelo histórico, en realidad se construyó sobre cimientos teóricos y metodológicos procedentes de otros campos.

Desde la política y la sociología

Es necesario comenzar por señalar que aun cuando el campo inicialmente estuvo tan politizado como en otras latitudes, debido a influencias exógenas (acontecimientos políticos), esta historia se escribió, desde sus inicios, dentro de las universidades. Hubo cinco centros académicos en los que se elaboró la mayor parte de la producción en las dos décadas que nos ocupan: El Colegio de México, el Instituto de Investigaciones Sociales y la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (FCPYS) de la UNAM, el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) –antes Centro de Investigaciones Superiores del INAH– y el INAH. (Véase cuadro.) En ellos se desarrollaron, casi simultáneamente, dos grandes enfoques de investigación sobre la clase obrera: uno de corte sociopolítico, en el que trabajaron principalmente sociólogos y politólogos, y otro de corte antropológico, en el que se empeñaron fundamentalmente antropólogos e historiadores. Y aunque en algún momento hubo colaboración y cruces teóricos entre ambos, en general se puede decir que trabajaron de forma paralela e independiente tal modo que parece justificado presentarlas de ese modo.

Aunque previamente se habían publicado algunos textos y artículos, es en la "Presentación" del texto de Reyna, Zapata, Gómez Tagle y Mier que aparecen enunciadas grandes líneas orientadoras de buena parte de la investigación subsecuente. En ella Rodolfo Stavenhagen estableció

cuatro hipótesis sobre la clase obrera mexicana:

- 1) El marco jurídico laboral en el que se forma y actúa la clase obrera fue "establecido por una nueva clase política que desde entonces se ha servido de él para afianzar su propio poder". A pesar de su carácter avanzado, es un instrumento de control político.
- 2) La clase obrera mexicana es una clase "históricamente joven", que se integra a una estructura sindical que ha hecho un "compromiso histórico" con el nuevo poder y "se enfrenta asimismo a un estado fuerte que asume conscientemente un papel activo en la regulación de las relaciones obrero patronales". Esta segunda hipótesis tendría algunas derivaciones: a) muchos obreros mexicanos lo eran de primera generación y por ello su conversión implicaba un proceso de movilidad ascendente, b) no ha habido tiempo para que cristalice una subcultura obrera y proletaria y c) la segunda generación de hijos de obreros parecía tener dos alternativas distintas a las de sus progenitores: ascender a la clase media o integrarse a la población marginal subproletaria, dada la estrechez del mercado laboral manufacturero.
- 3) De acuerdo con ello, la rotación y reemplazo relativamente rápidos de los obreros mexicanos tendería a producir cierta inestabilidad de la clase.
- 4) Y finalmente, esta clase se forma en plena segunda revolución industrial, "sin tener que enfrentar las consecuencias de la primera".

Stavenhagen no desarrollaba estas ideas, pero sí impregnaban los textos de Reyna y Zapata. El primero ya enunciaba que el futuro de sujeción comenzó a iniciarse cuando el incipiente movimiento obrero organizado se enfrentó y no pudo resolver el dilema de aliarse con un estado que garantizara un mínimo de derechos de los trabajadores o enfrentarse abiertamente a riesgo de la represión y su propia desaparición. Al mismo tiempo Zapata mostraba que, a pesar de las apariencias, el movimiento obrero mexicano había desarrollado, al menos en términos cuantitativos, estructuras que competían con ventaja en Latinoamérica. Por ello, la respuesta a su debilidad política debía buscarse en otra parte.

A partir de ese punto se desarrollaron dos líneas de trabajo muy definidas. Con una se fue construyendo una historia político-institucional, que atendía al movimiento obrero, a su ideología, sus organizaciones, sus partidos y líderes, su relación con el Estado y sus principales conflictos. La otra era una historia desde arriba, desde afuera, y sus preguntas clave estaban fuertemente influidas por dos grandes discusiones: las derivadas del papel asignado a la clase obrera dentro del marxismo, y aquellas relacionadas con el papel del movimiento obrero dentro del sistema político corporativo que emergió de la revolución de 1910.

De hecho, desde el punto de vista de los materiales y la técnica, esta historia resultaba bastante convencional: narrativa y algo estructural en algunos casos. Se basó en los testimonios publicados de líderes, en documentos del gobierno y de algunas organizaciones nacionales, en periódicos y revistas bastante menos, en los archivos nacionales (los fondos presidenciales y del Departamento del Trabajo). Lo que proporcionó la formación sociológica de algunos fue, en el mejor de los casos, una lectura de los censos y estadísticas, para evaluar el peso numérico del proletariado, su composición y la tasa de afiliación sindical.

En términos de periodización, estableció un periodo de transición dominado por el sindicalismo artesanal, el de la formación de un proletariado industrial débil (numérica e ideológicamente) que buscaba insertarse en una era de cambio político, y otro más marcado por su progresiva absorción por el Estado. Sin embargo, la obra más ambiciosa subsumió estas tres grandes etapas en una periodización por regímenes presidenciales, con lo que limitó seriamente sus posibilidades heurísticas y terminó parcelando en exceso sus resultados.

Esta versión, en todo caso, partió de dos preguntas clave, ¿por qué los obreros mexicanos no se comportaron revolucionariamente, como sus equivalentes europeos? y ¿cómo se construyó el camino reformista corporativo que finalmente eligieron?

La respuesta fue doble e inspirada en la teoría de la dependencia y una versión del marxismo que defendía la relativa autonomía de lo político. La relación corporativa habría resultado de la conjunción de dos procesos simultáneos. El primero fue la enorme fuerza que pronto adquirió el movimiento obrero mexicano posrevolucionario, fundado en una ideología inclusiva y en un proyecto desarrollista, nacionalista y de reforma social en el que podían ser perfectamente integrados los diversos sectores de la sociedad mexicana. Esa fuerza le permitió definir el papel de cada clase y colocarse en el medio, como árbitro de sus disputas. Con ello, el Estado parece haberse puesto a los trabajadores frente a un dilema: luchar dentro o fuera del marco institucional; en otras palabras, insistir en la "acción directa" de raigambre anarquista o pasar a la estrategia de "acción múltiple". Quienes eligieron el primer camino estaban condenados a la derrota, mientras que quienes optaron por el segundo obtuvieron una victoria pírrica. Obtuvieron ganancias organizativas formales, institucionales, sociales e incluso de poder político, pero a la larga hipotecaron su independencia y la posibilidad de tener y perseguir sus propios objetivos a mediano y largo plazo.

La otra parte de la respuesta señalaba que esa elección estuvo condicionada por su debilidad estructural y su origen reciente, así como por la debilidad económica de las principales empresas empleadoras de mano de obra industrial –extranjeras en su mayoría–, e incluso por el peso de ciertos discursos ideológicos como el liberalismo y el nacionalismo. Dada esa debilidad, resultó natural que pusiera parte de sus esperanzas de mejoría en un camino que se refundaba (reconstruía) al calor de una revolución que debió vivirse como un movimiento intensamente reformista.³

A tal interpretación, justamente llamada estatalista, se le ha criticado su carácter teleológico, su apego a esquemas etapistas del desarrollo de la organización y la conciencia obreras y, sobre todo, su dedicación exclusiva a los movimientos y liderazgos, en los que no aparecían los obreros comunes y corrientes (a pesar del título de la colección más completa que produjo: *La clase obrera en la historia de México*).

En resumen, esta línea de estudios buscó y encontró una clase obrera pequeña y titubeante a la que se le habría impuesto desde arriba un papel histórico que tal vez no era el suyo. Huelga decir que la búsqueda de la identidad obrera, en esta tradición, no pasó nunca al ámbito de lo cotidiano a pesar de la avalancha de los estudios mencionados en la sección anterior. Fue un movimiento, en suma, muy poco receptivo hacia los avances hechos en otros campos históricos.

La segunda línea en este enfoque, sin dejar del todo el nivel de los movimientos, liderazgos y su relación con el Estado, incorporó discusiones de carácter sociológico, relativas a la naturaleza de las estructuras y organización sindicales, su relación con cierto tipo de empresas y con determinadas fases de la industrialización. De hecho, en la misma colección dirigida por González Casanova, los textos de Leal y Woldenberg, de Ciro Cardoso y José Luis Reyna intentan evaluar con indicadores de orden estructural, el lugar y el tamaño de esa clase obrera. Por su parte, Guadarrama lograba establecer claramente el nexo entre la estructura y dinámica de la economía con la composición social de sus agremiados.

Finalmente, en dos estudios se exploran las implicaciones de las últimas hipótesis de Stavenhagen. Menno Vellinga encuentra que en el caso de una región tan industrializada y con un empresariado poderoso, dinámico y triunfante, no parecen cumplirse las suposiciones de Marx acerca de la conciencia obrera. Al contrario, si se incorporaba en el estudio la naturaleza y la operación de las empresas, algunas dimensiones extrafabriles de la vida y la psicología de clase (en particular la percepción de los obreros regiomontanos de su situación) resultaba que se había producido un proceso de integración (en el lado "relativamente privilegiado") de la clase obrera al desarrollo industrial.

Francisco Zapata y otros investigadores de El Colegio de México –por su parte– tuvieron la oportunidad de estudiar de manera integral el proceso siderúrgico de Las Truchas mientras éste se construía. Con ello, acompañaban prácticamente "el flujo de la realidad" y trataban de verla como el cruce no sólo de hombres con voluntad, sino de "sentidos de la acción que, sustentados por ellos, interactúan entre sí, superando fácilmente las intenciones o voluntades de los actores en presencia". El estudio es interesante para nuestro propósito porque mostraba, entre otras cosas, una tendencia conservadora (medida en términos de expectativas y aspiraciones) de los campesinos involucrados en el proceso de industrialización como cierta ventaja para los obreros calificados en la organización y el conflicto laboral, dentro de un sistema de relaciones sociales muy semejante al enclave.

Como se puede ver, estos últimos trabajos desarrollaron problemas de corte sociológico y establecían en esa medida un puente potencial con los investigadores que, provenientes de la antropología o la historia, buscaban instrumentos teóricos adecuados para su trabajo.

De la antropología a la historia social

Mientras se estructuraba la interpretación convencional que hemos revisado surgían varias corrientes más cercanas a la historia social, aunque elaboradas sobre todo por antropólogos. Una de ellas se formó en la Universidad Iberoamericana con el aliento de Ángel Palerm, y tuvo su origen en las discusiones sobre la proletarianización agrícola. De hecho, justamente por ello sus alumnos se encaminaron ante todo a estudiar comunidades pequeñas o medias que habían sido afectadas por el fenómeno de la industrialización. Uno de ellos, Juan Luis Sariego, se dedicó varios años a estudiar los centros mineros de Real del Monte, Nueva Rosita y Cananea, y encontró que buena parte de su comportamiento político derivaba de su carácter de "proletariado en transición", así como de la naturaleza de enclave de los poblados construidos alrededor de grandes compañías mineras. Ese comportamiento, por lo demás, habría sido sumamente radical y proclive al anarcosindicalismo. Este nuevo enfoque no sólo iluminaba de otro modo a los mineros; también comenzaba a mostrar que la Confederación Regional Obrera Mexicana (CROM) y sus sucesores no tuvieron un camino expedito en su dominación y control de la clase obrera. Más aún, en sus trabajos tuvo el mérito de recurrir a una fuente primaria clave: los archivos de las empresas.

Otro grupo salió de las aulas de la ENAH y desarrolló su actividad profesional en el Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), que a la postre se convertiría en el Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS). Su trabajo tuvo una orientación más política, aunque compartió el gusto por el trabajo de campo (la observación participante) y el uso de la entrevista oral como fuente privilegiada de información. Uno de sus textos sobresalientes fue el de Victoria Novelo y Augusto Urteaga, quienes fueron a Ciudad Sahagún a observar de manera directa a "los obreros en su especificidad frente a los aparatos". Básicamente buscaban estudiar la formación de un segmento determinado de la clase obrera industrial mexicana, aquél que se encuentra ocupado en las empresas de propiedad estatal. Pero lo harían preguntándose "sobre el rostro, las situaciones reales de vida, visiones del mundo y «voluntades colectivas» de una clase oficialmente confinada a la comparsa y al acompañamiento de fondo del discurso político en turno". En esa formulación, por supuesto se reconocen los ecos de autores como Thompson y Hobsbawm, pero lo interesante es que se mezclan con teorías sociológicas relativas a la condición obrera y la acción colectiva, así como con una aproximación económica. De ese modo resultaba un esquema de investigación que vinculaba la relación Estado-economía a la organización del trabajo industrial, del mercado de trabajo hasta la condición obrera, la toma de conciencia y la organización y acción colectivas. Se trataba de "vincular las correspondencias movimiento obrero-relaciones económicas con la experiencia (y vívida) de los protagonistas en la lucha por la existencia obrera; será requisito levantar acta, a la manera gramsciana de la voz obrera". En

La historiografía obrera en México (1972-1991): un balance crítico*

se trataba de hacer historia social.

Aunque es necesario decir que técnicamente usaban muy poco del instrumental histórico (no trabajaron con archivos y atendieron una situación contemporánea), de cualquier modo Novelo y Urteaga mostraron las enormes posibilidades heurísticas de sus instrumentos al recrear la naturaleza de las empresas y la formación del mercado laboral (usando indicadores como origen geográfico, niveles de calificación, ingreso, etc.). Uno de los resultados más interesantes fue establecer que, a pesar de su carácter independiente, los sindicatos de la región no podían escapar al acuerdo de colaboración entre sindicatos, empresas y Estado nacional para mantener el statu quo. En el fondo, el limitado conflicto era un camino hacia la integración, puesto que, al revisarlo al nivel de fábrica, se le descubría fincado en una "relación personal no sólo ya informal, sino prácticamente corrupta". Se trataba de una relación en la que el sindicato defendía y ganaba en el regateo diario (y por tanto en consenso y legitimidad), pero perdía en lo concerniente a "decisiones sobre la producción misma". En momentos de crisis, la acción obrera no se presentaba, por tanto, como una lucha transformadora de las relaciones de producción, sino como una defensa de su lugar en esas relaciones". Tales relaciones, además, tendían a institucionalizarse en liderazgos propiamente políticos, apoyados en las clientelas construidas a partir de la acción sindical.

Con el tiempo, otros practicantes se sumaron a estos nuevos enfoques, tanto en el Departamento de Estudios Históricos del INAH como en la Universidad Veracruzana y en el CIESAS de Jalisco. En los años ochenta produjeron un buen número de trabajos que compartieron algunas de las siguientes características:

a) Fueron producto de antropólogos e historiadores.

b) Se inspiraron en los más relevantes (si bien iniciales) trabajos de la tradición anglosajona, al menos en ciertos aspectos clave como los de Thompson, Hobsbawm, Gutman y Montgomery.

c) También intentaron un acercamiento explícito a enfoques sociológicos como el del proceso de trabajo (aquí la inspiración la proporcionó Braverman).

d) Analizaron desde abajo la región o determinada rama industrial.

e) Intentaron establecer las conexiones entre proceso de trabajo, tecnología y organización del trabajo, con la composición de la clase obrera, sus tradiciones y costumbres y su comportamiento político.

En resumen, intentaron hacer una historia desde abajo, aunque estructurada teóricamente. Ello implicó, además, una cierta renovación técnica y metodológica del campo. La búsqueda de los obreros comunes y corrientes llevó a escudriñar archivos de empresas, archivos estatales y municipales, a leer de otro modo el enorme acervo documental del Departamento del Trabajo (trasladado desde los rincones de la "casa amarilla" al AGN a mediados de los años 70), y a ensayar el uso de la historia oral así como técnicas más antropológicas de investigación.

Una evaluación general de los resultados de este enfoque sugiere que, aunque han ampliado notablemente nuestro conocimiento de la clase obrera mexicana, distan de haber alcanzado el nivel, la profundidad y la sofisticación de sus equivalentes en la tradición anglosajona.

Aunque en términos temporales esta siguiente generación de historiadores de la clase obrera siguió muy de cerca a sus predecesores (pues la mayor parte de su trabajo fue publicado en los años 80), tanto por el tipo de instituciones en que se desempeñaban como por la edad de sus autores y sus enfoques, se separaban radicalmente de ella. Más aún, el hecho de que su obra fuera publicada en editoriales universitarias y académicas hizo que su impacto fuera menor.

En todo caso, interesa señalar que con ellos se logró un acercamiento a los obreros mexicanos mediante nuevos temas y un saludable descenso a lo local y fabril, si bien algunos resultados fueron paradójicos e ilustran bien la dificultad de renunciar a las viejas preguntas y explicaciones. Un ejemplo es el excelente libro de García Díaz sobre Santa Rosa. Después de un minucioso recorrido por las empresas, el pueblo, la fábrica, los orígenes rurales de la fuerza de trabajo y el conflicto entre sus costumbres y la disciplina fabril, llega al análisis del movimiento sindical y allí muestra poca comprensión de la realidad de los obreros de que trata. Juzga, por ejemplo, que la conducción de José Morales llevó a fortalecer la influencia del Estado sobre el movimiento obrero y a "subordinarlo" a los intereses del gobierno. Y en la mejor tradición leninista, remata: "el desenlace, sin embargo, era inevitable pues las acciones de la clase obrera sin una dirección proletaria consciente devienen en eso. Morales y sus compañeros no tenían conciencia de la oposición irreconciliable entre sus intereses de proletarios y los del régimen capitalista en el que se desenvolvían, y enderezaron sus esfuerzos por el camino del reformismo."

A pesar de esos resabios de esquemas explicativos anteriores, es claro un cambio en la naturaleza de las preguntas y temas que animaron los trabajos de esta segunda generación. Una de sus proposiciones básicas deja ver su enorme deuda con E. P. Thompson. Se trataba de mostrar el capitalismo industrial no tuvo un avance fácil y rápido en México, sino que enfrentó la resistencia de miles de trabajadores que debieron ser extraídos del campo o de la artesanía. En otras palabras, que la proletarianización se habría logrado a través del conflictivo choque de la nueva disciplina y el ritmo de trabajo fabril con las costumbres y tradiciones preindustriales. De ese modo, los datos que indicaban una alta rotación de la fuerza de trabajo, un elevado ausentismo los lunes, quejas sobre holganza sistemática, sobre la afición al pulque, o a jugar dentro del trabajo

cobraron sentido y contribuyeron a reforzar el argumento. Sin embargo, tal vez el decisivo fue detectar que muchos obreros textiles o mineros provenían del campo, y que, ya en la fábrica, no se desligaban de él. Con ello se llegó a la figura del obrero-campesino o a la categoría de proletariado en transición, prestada de los trabajos de Heraclio Bonilla (1974) y Alberto Flores Galindo (1974). El problema fue que no recurrieron a materiales susceptibles de ser trabajados estadísticamente, ni buscaron una correlación más precisa de ese obrero con los tipos de trabajo y niveles de calificación requeridos en las modernas e inmensas fábricas en que se encontraban sus sujetos de estudio.

En segundo lugar, compartieron la evaluación pesimista que Thompson había hecho sobre la revolución industrial, de tal modo que inevitablemente tendieron a buscar (y encontrar) datos que confirmaran la sobreexplotación a que estuvieron sometidos los obreros mexicanos durante el porfiriato, pero también en la décadas posteriores a la revolución.

Esto contribuyó a reforzar el esquema convencional existente, pero también una lectura presentista de las fuentes. En los conflictos obrero-patronales, cada parte procuraba defender su caso con los argumentos y fórmulas más impactantes, aunque no necesariamente fueran verdades generales: "Hieren de muerte a la clase operaria", "nos tratan peor que a animales", "nos desnudan a la salida de la mina", etcétera, son en algunas medida metáforas y como tales hay que tratarlas. Si las tomamos literalmente, como hicieron en esta generación, estamos mostrando ciertamente una gran simpatía por los obreros, pero escasa distancia crítica y comprensión de su realidad. En otras palabras, esta mala lectura es producto de una relación anacrónica entre el investigador y el sujeto de estudio. Supone que ellos debían sufrir su situación tal y como nosotros la sufriríamos de estar ahí. Pero la situación no era ésa; pues como lo mostraron Novelo y Urteaga, Vellinga y Zapata, muchos trabajadores industriales no vivieron como una pérdida su inserción en la modernidad, aunque ciertamente faltan estudios sobre los niveles de vida en relación con el contexto local y nacional para pronunciarse al respecto con mayor seguridad.

Un tercer problema fue que, aun cuando establecieron el nivel de análisis desde la fábrica o la región, muchas veces no atendieron a las fuentes de diferenciación interna ni tuvieron mucho cuidado al intentar generalizar sus resultados. Por ejemplo, el equipo encabezado por Juan Luis Saavedra que produjo extensamente sobre minería, abrazó una mezcla de Thompson con las formulaciones sociológicas de Kerr y Siegel sobre la masa aislada (que se combinó a nivel latinoamericano con la tesis del desarrollo basado en enclaves). Esto hizo que viera a los centros mineros de Cananea y Nueva Rosita como ciudades cerradas y dominadas por las empresas extranjeras, donde una masa obrera de origen básicamente campesino pudo, por el trabajo en cuadrillas más la destreza manual, a pesar de la maquinización y la existencia de lazos comunitarios previos, enfrentarse a esas compañías escudada en el anarquismo. Explica:

Esta predilección de los mineros por la vía anarquista se manifiesta a través de enfrentamientos obreros-patronales que adquieren el carácter de un conflicto global y sin mediaciones. Un conflicto global porque a través de él, se cuestionó el sistema de dominio y la omnipresente tutela de los empresarios extranjeros dentro de los Minerales. Sin mediaciones porque los canales de negociación dentro de estas sociedades aisladas y cerradas fueron muy reducidos: ni hubo espacios que permitieran la legalidad y representatividad de las organizaciones obreras ni el estado asumió, como lo haría más tarde, un papel de árbitro en las disputas de la clase sino que por el contrario, o bien estuvo ausente de los minerales o bien otorgó a los capitalistas extranjeros un apoyo irrestricto y las más amplias atribuciones políticas.

Esto nos lleva directamente al siguiente gran tema o propósito de esta segunda generación: mostrar que el camino reformista-corporativo tuvo que enfrentar una oposición decidida, a veces masiva y radical entre muchos sectores, en particular textiles, tranviarios, petroleros y mineros, es decir, la parte medular del proletariado mexicano. Estos autores intentaban mostrar que hubo otra alternativa para el movimiento obrero mexicano allá de la crom y la Confederación de Trabajadores de México (CTM). Para ello, se requería encontrar obreros conscientes, solidarios, combativos y organizados. Así que los datos que sugerían divisiones, pasividad o incluso radicalismo dentro de las centrales reformistas, fueron ignorados. Incluso, cuando fue necesario generalizar, se hizo sin el menor cuidado, sin considerar la enorme heterogeneidad del sistema industrial mexicano. Más aún, en términos de identidad clasista, volvía a caerse en la suposición de que para ser realmente una clase debía luchar contra su enemigo. El conflicto era el destino de la clase, que en ese momento era realmente tal. En esta tradición, de hecho, nunca se perdió la centralidad del trabajo en el conflicto.

En todo caso, al buscar esta resistencia y este enfrentamiento entre posiciones irreductibles, se llegó a la conclusión de que esa opción anarcosindicalista obrera fue derrotada. El reformismo triunfó y fue impuesto desde arriba. A fin de cuentas, algo que ya había establecido la perspectiva ortodoxa.

Finalmente, es necesario decir que en muchos de estos trabajos hay una tentación determinista tecnológica, muy emparentada con algunos descubrimientos en el campo del proceso de trabajo, que ha evitado ampliar el estudio de esos obreros a todas sus dimensiones extrafabriles. Sin duda, ha impedido verlos como sujetos más complejos, con identidades fragmentarias y comportamientos ambivalentes, como personas anónimas y comunes, personas llenas de debilidades y vulnerabilidades, y no sólo como sujetos con una misión revolucionaria. Entender, a fin de cuentas, que el trabajo no necesariamente tiene una connotación negativa para los trabajadores y, por lo tanto, que tratar de abolirlo no sea necesariamente una de sus preocupaciones centrales cotidianas, es algo que nos recuerda Barrington Moore en su estudio sobre la obediencia y la rebelión.

Los problemas abiertos

De este breve recorrido se desprenden algunos problemas que han incidido sobre el conjunto de estos estudios. Primero que nada, el uso influyente de modelos y categorías teóricas. Incluso, en el caso de aquellos estudios que han trabajado con seriedad fuentes más o menos novedosas y abundantes, han limitado sus objetivos a la confirmación de sus presupuestos teóricos y, en consecuencia, no han considerado datos que pudieran ponerlos en duda, o bien simplemente han imaginado que la realidad se corresponde con su teoría. Así, en el extremo, John M. Hart ve a los mineros "nacionalistas" mexicanos, durante la década revolucionaria, asaltando, dinamitando y saqueando "las minas por todo el norte". Y T. J. Igoe II, por su parte, al revisar las condiciones de trabajo hacia 1920 en la industria mexicana (en dos páginas) y citando un par de informes de inspectores del trabajo y dos notas de periódico, que ciertamente ilustran penosas condiciones en tres minas, una fábrica textil y un campo petrolero, declara de inmediato que esas condiciones, "con pequeñas variaciones en rasgos secundarios, prevalecían en el conjunto de la industria". Como historiadores, periodistas y novelistas los saben, es más difícil hacer caso de los datos que no concuerdan con nuestros prejuicios, pero la condición de no usar camisas de fuerza, es más interesante y estimulante.

El segundo problema tiene que ver con la relativa ausencia de evaluaciones sistemáticas del contexto sociotécnico en que actúan los trabajadores. De manera general, no se atiende a la racionalidad propia de la empresa tanto en su parte económica como en la organización de la producción de tal manera que se pierde la posibilidad de encontrar el significado del trabajo para los obreros, así como de establecer los vínculos con su acción (o inacción) política.

En todo caso, esto nos lleva a una dificultad de orden más general, relativa al lugar que cada una de las dimensiones de la vida obrera tiene en estos estudios. No se trata de demandar trabajos que vinculen empresa-tecnología, proceso de trabajo, cultura obrera, organización y conflicto, pero si se está construyendo una historia social estos aspectos no pueden ser dejados de lado. Se ha insistido bastante en que ése es el caso de la cultura obrera y de las dimensiones extrafabriles de la vida. Como dice Patricia Arias: "La alusión insistente a la necesidad de estudiar el ámbito extralaboral se ha plasmado, hasta ahora por lo menos, en un listado de temas más que en una propuesta que vincule analíticamente lo laboral con los espacios sociales de los obreros fuera de la fábrica".

La solución de estos dilemas, sin duda, tiene que ver con los materiales disponibles para la reconstrucción de la vida de los obreros comunes y corrientes. Esa vida es particularmente difícil de aprehender, y tal vez ello ha sido uno de los principales límites en estos estudios. A diferencia de las sociedades donde la industrialización se produjo mucho antes, con una población relativamente alfabetizada, en México existen pocos archivos y testimonios legados u organizados por los propios obreros; y los testimonios de algunos militantes son escasos, se limitan a determinados conflictos, a la élite del movimiento, y responden a una sobrevaloración de lo político. La vida diaria y el trabajo común no están ahí, salvo un elemento justificativo y propagandístico. El asunto es que, como ha recordado Hobsbawm, el material donde podemos encontrar a los obreros comunes y corrientes no está, en su mayor parte, ordenado y organizado para tal efecto. Incluso cuando esto ocurre, con la creación de los departamentos del trabajo y los sindicatos nacionales, cataloga una parte bastante sesgada de su vida. La otra parte –extrafabril– se encuentra en registros que no tenían la intención de preservar datos sobre ellos: los archivos municipales, los de empresa, los de notaría, los judiciales. Por este material, como ningún otro, sólo puede dar respuestas cuando las preguntas están claras. Y las da a cuentagotas. En la historia desde ahora se explica Hobsbawm:

El espacio de tiempo que transcurre entre la investigación y el resultado es insólitamente largo. Debemos tener presente que gran parte de la historia de los de abajo no produce resultados rápidos, sino que es necesario recurrir a un tratamiento complicado y que lleva mucho tiempo. No es como recoger diamantes en el lecho de un río, sino que se parece más a la moderna extracción de diamantes y oro, que requiere grandes inversiones de capital y el empleo de alta tecnología.

Paradójicamente, esto nos aleja definitivamente del punto de partida. Muchos llegaron al campo en busca de respuestas urgentes, pero esa urgencia no fue el mejor aliado para encontrarlas.

Valdría la pena apuntar otro problema que obstaculiza el desarrollo de esta historia social, propiamente hablando. Se trata de uno que afecta a dos grandes enfoques revisados: si por un lado se considera a las organizaciones y sus liderazgos como representativos de la clase, por el otro parece proponerse que los activistas, los disidentes, los opositores al corporativismo y a los liderazgos charros son la verdadera clase. Ambos excluyen al otro y, sobre todo, a los miles de obreros que no se manifiestan políticamente. Parece urgente, en cambio, aceptar que se trabaja con un sujeto heterogéneo, dividido y plural.

Finalmente, aunque éste no es un problema técnico sino disciplinario y "cultural", es necesario señalar que la falta de un debate explícito, abierto y tolerante tampoco ayuda en este campo de investigación. En su revisión Woldenberg y De la Garza ya lo señalaban: los grupos trabajaban prácticamente sin relación y sin conocer sus resultados. Es difícil saber si eso sigue siendo cierto, pero es verdad que actúan como si así fueran. Por ejemplo, los autores de *La clase obrera en la historia de México* no parecen haberse sentido aludidos por las críticas a su enfoque. Uno de ellos, por ejemplo, algo tardíamente, reaccionó para reducirlas a una postura "contestataria", que ignoraba al Estado "y a cualquier otro agente mediador que pudiera estar presente, mostrándonos una realidad en la que el enfrentamiento de clase contra clase se presenta más puro que en un laboratorio". Y otro más aceptaban las críticas, pero las achacaban a una lectura "acrítica" del paradigma marxista. Sin embargo, añadían, como no es posible prescindir del uso de paradigmas en el análisis de la realidad, seguirían en una "tradicón crítica" del mismo modelo marxista. Valdría decir que el resultado de ambos tomos no es muy distinto al del resto de la colección.

Conclusiones

Con estos comentarios críticos sobre esas dos generaciones académicas de historiadores de la clase obrera no pretendo dejar de lado sus contribuciones a la formación de este campo de conocimiento. Mi intención era resaltar en poco espacio sus líneas de tensión (inevitablemente modo un tanto esquemático) y, sobre todo, ilustrar que si las dos pasadas décadas de trabajo nos han dado un panorama más o menos amplio de organizaciones obreras, su relación con el Estado, sus conflictos, su comportamiento político en regiones tan diversas como El Boleo, Cananueva, Nueva Rosita, Orizaba y Santa Rosa, la región de Puebla-Tlaxcala, el valle de México, todavía no es suficiente para decir que conocemos la historia de los obreros mexicanos. Sus rasgos culturales, las costumbres que defendieron o adoptaron en el tránsito a la industrialización, sus formas de relación afectiva y familiar, la formación de sus gustos y pasatiempos, etcétera, todavía nos son menos familiares que los de sus colegas ingleses, norteamericanos o franceses. Peor aún, para el periodo posterior a 1930, la historia convencional / institucional sigue sin tener competencia.

Otro objetivo de estas notas era ubicar el desarrollo de la historia obrera en México en relación tanto al desarrollo general de la disciplina como frente a una tradición "crítica" dentro de los estudios históricos. El balance ha permitido identificar a las dos corrientes historiográficas principales así como sus principios y modelos teórico-explicativos. Esto nos permite afirmar que, si bien ha habido una acumulación considerable de trabajo, una creciente academización y profesionalización del campo, en realidad estamos aún lejos de cumplir con las exigencias que Womack y otros planteaban hace ya 20 años.

En efecto, hay enormes lagunas en nuestro conocimiento de la clase obrera en México. Faltan estudios regionales, de caso, sobre la cultura obrera y tal vez un uso más sistemático de la cuantificación. Curiosamente, aunque los antropólogos han hecho aportaciones valiosas, aun ellos han rehuido el estudio de las permanencias, para centrarse en los episodios conflictivos. Los estudios comparativos y las referencias a otras experiencias nacionales siguen siendo escasas. Y, lo que es más importante, no se han logrado construir explicaciones que vinculen convincentemente estructuras y acontecimientos, es decir, lo económico-empresarial y técnico (proceso y organización del trabajo) con la acción colectiva y la vida cotidiana de obreros comunes y corrientes.

Las dos corrientes dominantes en los años setenta y ochenta, parecían agotarse a la par del impulso exógeno que los alimentó. Habría que revisar nuestra producción de los siguientes años, para ver si hemos aprendido de sus virtudes y defectos, y nos hemos acercado más a una historia de ese elusivo sujeto que es la clase obrera mexicana.

Cuadro

La historiografía obrera en México. Libros básicos (1972-1991)

Autor	Título	Institución	Editorial	Año
Antonio Alonso	El movimiento ferrocarrilero en México	FCPyS (UNAM)	Era	1972
John Mason Hart	Los anarquistas mexicanos, 1860-1900		Sep-Setentas	1973
Jorge Basurto	El proletariado industrial en México	FCPyS	UNAM	1974
Arturo Anguiano	El estado y la política obrera del cardenismo	FCPyS	Era	1975
José Luis Reyna, Francisco Zapata, Silvia Gómez-Tagle y Marcelo Miquet	Tres estudios sobre el movimiento obrero en México	El Colegio de México	El Colegio de México	1976
Barry Carr	El movimiento obrero y la política en México 1910-1929	Universidad de Oxford	SEP- Setentas	1977
Rodney D. Anderson	Outcasts in Their Own Land. Mexican Industrial Workers, 1906-1911	Florida State University	Northern Illinois University Press	1978
Juan Luis Sariego	Los mineros de la Real del Monte. Características de un proceso de proletarización	CIESAS	CIESAS	1979

La historiografía obrera en México (1972-1991): un balance crítico*

Ramón Eduardo Ruiz	La revolución mexicana y el movimiento obrero 1911-1923	University of California at San Diego	Era	1
Elsa Cecilia Frost, Michael C. Meyer y Josefina Z. Vázquez (comps.)	El trabajo y los trabajadores en la historia de México	V Reunión de Historiadores Mexicanos y Norteamericanos (1977)	El Colegio de México	1
Menno Vellinga	Industrialización, burguesía y clase obrera en México	Universidades de Utrecht y Florida	siglo veintiuno editores	1
Victoria Novelo y Augusto Urteaga	La industria en los magueyales. Trabajo y sindicatos en Ciudad Sahagún	INAH	Nueva imagen	1
Miguel Rodríguez	Los tranviarios y el anarquismo en México (1920-1925)	FFyL (Tesis de licenciatura en Historia)	UAP	1
Varios	Memorias del Encuentro sobre Historia del Movimiento Obrero (3 tomos) (Puebla, 1978)	Varias	UAP	1
Pablo González Casanova (coord.)	La clase obrera en la historia de México (17 vols.)	IIS (UNAM)	siglo veintiuno editores	1980
Bernardo García Díaz	Un pueblo fabril del porfiriato: Santa Rosa, Veracruz	Universidad Veracruzana (Tesis de Maestría en Historia, 1977).	SEP/80/FCE	1
Rocío Guadarrama	Los sindicatos y la política en México. La CROM (1918-1928)	FCPyS	Era	1
Inés Herrera Canales, Cuahtémoc Velasco y Eduardo Flores	Etnia y clase, los trabajadores ingleses de la Compañía Real del Monte	INAH	INAH	1

José Woldenberg	Antecedentes del sindicalismo	FCPyS	SEP/80/FCE	1
Federico Besserer, Victoria Novelo y Juan Luis Sariego	El sindicalismo minero en México 1900-1952	CIESAS	Era	1
Jorge Basurto	Cárdenas y el poder sindical	FCPyS	Era	1
Verena Radkau	La Fama y la vida; una fábrica y sus obreras	CIESAS	CIESAS	1
Jorge Durand	Los obreros de Río Grande	El Colegio de Michoacán (Tesis de Maestría en Antropología Social)	El Colegio de Michoacán	1

La historiografía obrera en México (1972-1991): un balance crítico*

Paco Ignacio Taibo II	Los bolshevikis. Historia narrativa de los orígenes del comunismo en México	INAH y UAM Azcapotzalco	Joaquín Mortiz	1
Francisco Zapata (coord.)	Las Truchas, acero y sociedad en México	El Colegio de México	El Colegio de México	1
Victoria Novelo (coord.)	Monografías obreras (2 tomos)	CIESAS	CIESAS	1
Luis Reygadas	Proceso de trabajo y acción obrera. Historia sindical de los mineros de Nueva Rosita 1929-1979	INAH	INAH	1
Juan Luis Sariego	Enclaves y minerales en el norte de México. Historia social de los mineros de Cananea y Nueva Rosita 1900-1970	CIESAS (Tesis de Maestría en Antropología Social uia)	CIESAS	1
Bernardo García Díaz	Textiles del valle de Orizaba (1880-1925)	UV	UV	1
Eduardo Flores Clair	Conflictos de trabajo de una empresa minera, Real del Monte y pachuca 1872-1877	INAH	INAH	1
Juan Felipe Leal	Del mutualismo al sindicalismo en México, 1843-1910	FCPyS	El Caballito	1
Lief Adleson y Mario Camarena (coords.)	Comunidad, cultura y vida social: ensayos sobre la formación de la clase obrera	INAH	INAH	1